

## **Colaboración cristiana en la promoción de la justicia y en la unificación de las Iglesias**

Va a ser éste un estudio estrictamente sociológico en la línea de la sociología empírica que en las últimas décadas se ha ido extendiendo por todo el mundo a partir de los Estados Unidos.

Examinaremos la relación entre la variable «colaboración cristiana en la promoción de la justicia» y la variable «unificación de las iglesias».

Demos por supuesto, por el momento, el significado de «promoción de la justicia» y notemos que el epíteto «cristiana» se refiere tanto a la colaboración de cristianos individuales como a la colaboración de las organizaciones de cristianos que llamamos iglesias. Cuando hablamos de «unificación de las iglesias» estamos pensando en una relación entre las iglesias como organizaciones. Hablamos de esta relación como «unificación». El término «unificación» acentúa más que los términos «unión» y «unidad» el carácter procesual de lo que queremos que se dé entre las iglesias; y no sólo expresa nuestros deseos y esperanzas, sino también nuestro compromiso con la tarea de realizarla.

Consideramos el proceso de unificación eclesiástica desde el punto de vista de quienes quieren llevarla a cabo y se preguntan cómo puede promoverse.

Es un hecho que las iglesias son organizaciones formales. La unidad cristiana deberá encontrar una imagen en términos organizativos, sean cuales sean los contornos de la misma. La

cuestión es, por tanto, también en nuestro caso: ¿Qué podemos hacer para promover unificación en el nivel organizativo?

Es evidente que son las autoridades organizativas las que deben dar pasos de cara a la integración organizativa. Sin embargo, esto no nos relega al papel de meros espectadores, porque los líderes organizativos no actúan en espacios vacíos. Su libertad de acción está limitada a aquello que será asumido o, por lo menos, aceptado prácticamente por toda la masa eclesial.

El liderazgo eclesial puede decidir la unión eclesial demasiado prematuramente, y entonces fracasará. Los casos más notorios de este tipo de fracaso los tenemos en los concilios de Lyon y de Florencia. Si los mencionamos es porque, al principio, parecieron comportar un cierto avance. Otros casos de unión eclesial han sido prácticamente olvidados, porque murieron al nacer.

Hay otra posibilidad: líderes organizativos, por razones propias, pueden tener dificultades para dar pasos hacia la unificación, aun cuando éstos serían bien aceptados por los miembros, que positivamente los desean. El liderazgo organizativo deberá ser entonces estimulado para que tome medidas de unificación.

Las dos posibilidades —que los órganos decisorios pueden ir más deprisa que los miembros de la iglesia o que han de ser estimulados por los miembros de la iglesia— hacen caer en la cuenta de la importancia de las actitudes prevalentes en la iglesia. Es aquí donde podemos actuar: sobre estas actitudes podemos ejercer nuestra influencia.

Para tratar los problemas que vamos a considerar, propongo introducir, en primer lugar, un esquema conceptual que va a permitirnos distinguir los diversos aspectos del complejo proceso de unificación, antes de examinar cómo la colaboración cristiana puede promoverla.

## I. UN MARCO CONCEPTUAL

Las iglesias son organizaciones complejas. Uno de los puntos desde el que se hace más fructífero el estudio de organizaciones es el que toma el término fidelidad (*compliance*) como

la variable capital de la vida organizativa<sup>1</sup>. La fidelidad a las normas organizativas puede asegurarse de tres maneras diferentes: por medio de la coerción (como en las cárceles); por medio de la remuneración (como en la industria), y apelando a normas interiorizadas, a las convicciones y valores de los participantes (como en las iglesias).

El medio por el que se asegura la fidelidad es el *poder*. «Poder es la habilidad de un actor de inducir o influenciar a otro actor a realizar sus directrices o cualquier otra norma que quiera»<sup>2</sup>. En consecuencia, podemos distinguir tres clases de poder: poder coercitivo, poder remunerativo y poder normativo; y según la prevalencia de una de estas tres clases de poder y de fidelidad, podemos distinguir tres clases de organizaciones normativas.

Las iglesias, evidentemente, son *organizaciones normativas*. En las iglesias «el poder normativo es el mayor medio de control sobre la mayoría de los participantes de grados inferiores... la fidelidad... se apoya primariamente en la interiorización de las directrices aceptadas como legítimas»<sup>3</sup>.

La distinción de tres clases de poder y de fidelidad corresponde a los tres sectores más importantes de los subsistemas de sociedad que normalmente diferenciamos: política, economía y cultura. Mientras la distinción entre las distintas clases de fidelidad es analítica, las organizaciones que caracterizamos según el tipo de fidelidad prevalente, son organizaciones concretas. Ninguna organización concreta puede funcionar sin los tres tipos de poder. El poder coercitivo y el poder utilitario tienen también su papel en las organizaciones normativas, aunque sea un papel subordinado.

Queremos indicar brevemente ahora cómo las tres clases de poder pueden afectar al proceso de unificación eclesial.

El *poder coercitivo* (el uso de fuerza física o la amenaza del uso) asegura el mantenimiento de la estructura organizativa de la iglesia. El ejercicio de la autoridad distribuida jerárquicamente en la iglesia está protegido por la ley del país y, en último término, sancionado por medios coercitivos. En los casos de divisiones eclesiales, como en los casos de unión

---

<sup>1</sup> AMITAI ETZIONI, *A Comparative Analysis of Complex Organizations*, New York, The Free Press of Glencoe, 1961.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 4.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 40.

eclesial, surgen problemas legales. Incluso puede ser obligatorio el ser miembro de una determinada iglesia. Esto no pertenece al pasado. En la Unión Soviética si uno quiere ser cristiano ortodoxo, tiene que pertenecer a la iglesia rusa ortodoxa, oficialmente reconocida; de otra forma se expone uno a persecuciones por parte de la policía. Y los diversos grupos protestantes rusos fueron obligados en 1944 a formar parte de la Unión de Cristianos Evangélicos y Baptistas<sup>4</sup>.

En sociedades liberales y pluralistas, el poder estatal sólo garantiza la estructura de autoridad de la iglesia mediante las leyes privadas o reglamentos. La autoridad legítima de la iglesia puede ser usada tanto a favor como en contra de la unificación, por ejemplo en su política de personal o en su política educativa.

Consideraciones utilitarias (materiales) tienen un papel que de ninguna manera puede considerarse como de comparsa en la vida de la iglesia, sea esto un hecho público o encubierto. Afectan principalmente a las élites organizativas, es decir, a aquellas personas que ganan su vida sirviendo a la iglesia. Muchos proyectos de fusión entre las denominaciones protestantes de los Estados Unidos parece que han fracasado por causa de «problemas institucionales residuales, como la administración de propiedades, de fondos para pensiones y de deudas»<sup>5</sup>.

En términos generales se tiene la impresión de que cualquier plan de unión que implique sacrificios para miembros clave o para grupos clave, hasta llegar a perder su posición social, está condenado al fracaso. Estas circunstancias no constituyen dificultades insuperables una vez han sido percibidas. Normalmente será posible movilizar los recursos materiales sin pedir sacrificios a ninguna categoría de hombres de iglesia cuyo sostenimiento y status social dependan de los bienes eclesiales. Pero la decisión de afrontar y superar esta enojosa e irritante dificultad que, según la ideología eclesial no debería ni existir, deberá venir de un serio compromiso por la causa de la unión eclesial.

El acercamiento cibernético al estudio de la sociedad sugiere precisamente esto: mientras el subsistema económico y

---

<sup>4</sup> MICHAEL BORDEAUX, *Religious Ferment in Russia*, New York, St. Martin's Press, 1968, 6-12.

<sup>5</sup> ROBERT LEE, *The Social Sources of Church Unity*, New York, Abingdon Press, 1960, 102.

el subsistema político de un sistema social son los más elevados en energía y, por lo tanto, los más fuertes en factores condicionantes, el subsistema cultural, en especial aquella parte que está en relación con la realidad última, es el más elevado en información; y, por tanto, controla los subsistemas económico y político; está condicionado por los hechos, pero los controla. Si esto es verdad de cualquier sistema social, todavía lo será más en las organizaciones normativas.

Es en el subsistema cultural donde nacen *las creencias y los valores* a los que un actor (el que tiene el poder) puede apelar para exigir la fidelidad. El hecho de ser miembro de una organización normativa y el cumplimiento de sus reglas—incluyendo las directrices dadas por las autoridades organizativas— está basado en las creencias y valores, en las normas interiorizadas. El miembro se identifica con su organización.

Mientras la unificación en el nivel organizativo consiste en una transferencia del poder decisorio de los grupos a las autoridades del sistema, la unificación en el nivel normativo consiste en la transferencia de la identificación de los miembros individuales con el grupo al que pertenecen, al sistema del cual el grupo pretende ser una parte integrada. El miembro individual de una iglesia particular ha de desarrollar y reforzar su identificación como miembro de una unión mayor de iglesias. Debe llegar a identificarse más como miembro de este cuerpo eclesial amplio que como miembro de su iglesia particular. Ha de llegar a ver el grupo como parte de un todo mayor.

De esta manera, el católico es miembro de una parroquia, de una diócesis, de una iglesia nacional y de la Iglesia universal. El católico bien integrado dará más importancia a las directrices que hayan salido de los sistemas más amplios que a las emanadas de los sistemas más pequeños. En caso de conflicto entre directrices, se acomodará a las que provengan de la autoridad de orden más elevado, porque se identifica más íntimamente con ella. Sin embargo, no siempre se han desarrollado las cosas de esta manera. En distintos lugares y en diversos tiempos, las iglesias locales se han apartado de la Iglesia universal. En estos casos de desunificación, la identificación con el grupo se mostró más fuerte que la identificación con el todo.

Por consiguiente, para promover la unificación de las iglesias hay que atender a la transferencia, por parte de los miembros de las diversas iglesias, de la identificación de un grupo a una unión mayor. De esta forma no sólo creamos las precondiciones de una fausta política de unificación, sino que también llegamos a una posición donde podemos ejercer poder sobre los órganos decisorios apelando a creencias y valores que les hemos ido inculcando durante el proceso de socialización eclesiástica.

Muchas de las cosas que se están haciendo en el campo de la psicología social, más particularmente bajo el título de cambio de actitud, resultan relevantes para nuestra reflexión cuando preguntamos: ¿Cómo contribuye la colaboración en la promoción de la justicia a la edificación de actitudes favorables a la unificación?

## II. EL PODER UNIFICADOR DE LA PROMOCION DE LA JUSTICIA

La promoción de la justicia apunta a una justicia social *mayor* según los standards de la sociedad moderna, standards compartidos en gran medida por liberales y socialistas: más libertad, más igualdad. Lucha contra la opresión institucionalizada, contra la explotación y contra el abandono; contra la marginación de categorías y grupos sociales; contra la violación de los derechos civiles, como algo que pertenece al campo de la política; contra las injusticias que parecen clamar al cielo y cuyas víctimas, si son abandonadas a sus propios recursos, serán incapaces de enderezar la situación.

No tenemos necesidad de entrar en la controvertida cuestión de cómo las iglesias y los cristianos legitiman desde su fe su compromiso en este tipo de lucha. Sin embargo, nos atañe en cuanto que no es una cuestión resuelta ni entre los cristianos ni entre los miembros de una misma iglesia si hay que comprometerse o no a esta lucha, hasta qué punto y con qué medios. Un estudio reciente parece que muestra que las tensiones dentro de una misma denominación, en los Estados Unidos, se centran principalmente en cuestiones de este tipo

y se apartan de otras cosas, como, por ejemplo, el empeño activo por la unidad eclesial<sup>6</sup>. Y todos hemos podido leer cosas sobre las disensiones en el World Council of Churches sobre la política de ayuda financiera a movimientos de liberación comprometidos con la violencia.

Tampoco deberíamos olvidar que, en la lucha por la justicia, los cristianos, incluso los miembros de una misma iglesia, se encontrarán a un lado y a otro de la trinchera. El conflicto sobre puntos concretos ha sido, históricamente, una fuente importante de divisiones eclesiales.

Pongamos, pues, entre paréntesis aquellas situaciones en que el compromiso en la promoción de la justicia es perjudicial para la unidad de la iglesia y consideremos el poder unificador de la promoción de la justicia sólo en circunstancias favorables.

Examinemos primero la involucración de las iglesias como instituciones en el macronivel; después, la involucración de los cristianos a nivel local: ¿Cuál es su contribución a la unidad eclesial?

#### A) COLABORACIÓN A NIVEL DE LAS IGLESIAS

1. La involucración de las iglesias como iglesias, es decir, en el nivel nacional e internacional, puede tener diversas *formas organizativas*.

a) Puede tener la forma de organización *intereclesial*, ya sea según la confesionalidad, por ejemplo, la World Lutheran Federation, ya sea como organizaciones interconfesionales, como, por ejemplo, el World Council of Churches y el National Council of Churches, en los Estados Unidos. En nuestros días parece que hay pocos países que no tengan organizaciones intereclesiales.

Entre los motivos para la fundación de estos Councils encontramos el deseo de tener más autoridad moral en debates sobre temas sociales y éticos, y el de influenciar los órganos de decisión política.

---

<sup>6</sup> DEAN R. HODGE, *Division in the Protestant House*, Philadelphia, Westminster Press, 1976.

b) En vez de entrar a formar parte de una organización de la que serían miembros, las iglesias a veces preferirán instituir comisiones *conjuntas* para fines específicos de formar opinión o de acción social.

c) O también las iglesias pueden considerar suficiente el crear un *cargo* o nombrar una persona determinada con la función de coordinar declaraciones y actividades con cargos parecidos de otras iglesias. Incluso en caso de menor ligamen, también iniciarán *contactos para fines determinados* con otras iglesias.

2. *¿Qué están tal vez haciendo para la promoción de la justicia?*

a) Pueden estar preparando o haciendo públicas algunas declaraciones conjuntas o coordinadas para temas que están a debate público; con menor publicidad, pueden estar preparando o enviando estudios o trabajos a los cuerpos legislativos o ejecutivos; pueden estar organizando campañas de opinión pública; pueden cuidar de que los puntos importantes de la justicia social sean tratados apropiadamente en el terreno de la educación religiosa.

b) Pueden tomar partido en casos de regímenes opresores dentro de su propio país o en casos de violación de derechos humanos.

c) Pueden salir en defensa de grupos oprimidos o tomar partido en conflictos económicos. Si no llegan a organizar actos de protesta por su propia cuenta, puede ser que no desacrediten a miembros de su iglesia que toman parte en tales actos. Pueden apoyar financieramente movimientos de diversa índole, sin excluir movimientos violentos de liberación nacional.

d) Pueden estar comprometidos en ayudar a los enfermos, a los pobres, a las víctimas de catástrofes naturales o producidas por el hombre (refugiados), o también en ayudar a los económicamente débiles a mejorar su posición.

Esta enumeración de posibles esfuerzos conjuntos de las iglesias en el campo de la promoción de la justicia es suficiente para nuestro propósito. No es necesario bajar a más

detalles si lo que queremos es calibrar su papel de cara a avanzar en la unificación eclesial.

### 3. *La potencia unificadora* de servicios y actividades.

Este punto se refiere a la forma organizativa más seria de colaboración eclesial, es decir, a organizaciones intereclesiales. Hay que tener en cuenta que se trata de organizaciones multifuncionales, que tienen más funciones que las que tocan al campo de la promoción de la justicia, que es la que nos interesa aquí. Con todo, lo que sigue no puede ser cuestionado:

a) Las oficinas centrales de organizaciones intereclesiales no producen la centralización de poder que puede observarse en otras estructuras burocráticas. Las iglesias individuales entran en la organización como actores independientes y siguen siendo tales. Pueden poner el veto a cualquier programa y no están obligadas a participar en él; tienen siempre la libertad de disociarse de cualquier declaración pública y de retirarse por completo. La oficina central no tiene poder alguno sobre las iglesias-miembros. Su presupuesto es controlado estrictamente y no produce mucho poder utilitario que pudiera influenciar el comportamiento de los miembros. Dentro de esta estructura burocrática no es posible «hacer carrera», ya que los cargos directivos se ofrecen a «outsiders» que provienen de entre los líderes de las iglesias-miembros. De esta forma, el trabajo que se lleva a cabo en estas estructuras no resultará atractivo para el tipo de eclesiástico activo o imaginativo.

Por tanto, *desde un punto de vista estructural* no se ejerce demasiada presión desde estas organizaciones intereclesiales. Su tarea no es ésta, y se vigila que no actúen como una organización supra-eclesial.

b) El *cambio de actitudes* producido por estas oficinas centrales parece que es más importante, según las distintas categorías de participantes.

1) Las *élites* de las iglesias-miembros se ponen en contacto sea durante largos períodos de tiempo, a base de trabajar en las oficinas comunes, sea esporádicamente en asambleas generales y en reuniones de comisiones. Parece que, a nivel personal, se entienden muy bien; los prejuicios van des-

apareciendo; se van profundizando amistades y puede llegar a surgir una cierta afinidad de élites que jugó un papel tan importante en la formación de la Iglesia del sur de la India. Con todo, si establecen estas relaciones es como representantes de sus iglesias y, por tanto, no hay transferencia de identificación de su grupo originario a la oficina central. Y en caso de conflicto, son fieles a su propio grupo (iglesia).

2) El *staff* de la oficina puede llegar a madurar un cierto grado de identificación con la misma, como su lugar de trabajo y de prestigio. El hecho de trabajar unos con otros hará que se vayan conociendo cada vez mejor. Sin embargo, su efecto multiplicador no parece ser muy grande.

3) De entre los *fieles* dentro de las iglesias-miembros, ¿cuántos conocerán efectivamente las declaraciones conjuntas y las posturas comunes de las iglesias implicadas? Probablemente sólo un reducido grupo interesado en aquel punto particular. Entre ellos el sentido de pertenecer a la misma entidad puede muy bien reforzarse. Pero las masas de creyentes apenas si se sentirán implicadas. Muy pocas cosas verdaderamente importantes para su vida salen de estas instituciones comunes. Más aún, estas organizaciones intereclesiales no constituyen objetos aptos para identificarse con los mismos. No pueden ser constituidos en signos altamente visibles con los que masas de gente distante podría llegar a identificarse.

## B) COLABORACIÓN A NIVEL LOCAL

1. El nivel local es el nivel de grupo primario de la iglesia. En este nivel, la iglesia se encuentra lo más cerca posible del tipo de grupo comunitario (*Gemeinschaft*); aquí tiene lugar la socialización de los nuevos miembros con la iglesia: de los niños, a través de la familia con la parroquia; de los jóvenes y adultos, a través de distintos grupos. También aquí se están generando los medios materiales para la vida de la iglesia, lo cual puede verse especialmente en las iglesias jóvenes que no están históricamente atadas al sistema político de la sociedad. Incluso según la teología de las iglesias episcopales, como las nuestras, es en el nivel local que la iglesia se da (*happens*).

Hablo aquí de la parroquia como de la comunidad cristiana local. Sin embargo, la parroquia puede ser considerada también como la sub-unidad administrativa de la diócesis y puede ser concebida como tal por quienes la llevan. En este caso puede convertirse en algo distante de los fieles que la componen.

En este nivel encontramos organizaciones o grupos de fieles de dos tipos: 1) más tradicionalmente, organizaciones de niños, niñas, hombres casados, mujeres casadas...; 2) más recientemente, agrupaciones (hombres y mujeres, jóvenes, ancianos, laicos y religiosos) que se forman debido a la clase de espiritualidad que se cultiva o el tipo de actividades en que se entra.

Desde un punto de vista sociológico, se consideraría a los participantes como élites más bajas, sea eclesiásticas o laicas. En una sociedad más tradicional estas élites estarían en íntima relación con la masa de los fieles (a toda la población), que les seguirían adonde fueran. No parece, con todo, que las cosas estén de esta manera en la mayoría de regiones donde trabajamos.

2. En este nivel la *probabilidad de cambio de actitud es máxima*. Es el lugar de la socialización de los jóvenes y de resocialización de los adultos. Es aquí donde las condiciones para el cambio de actitudes pueden considerarse como máximamente favorables, y los cambios de actitudes de grupos respecto a otros grupos pueden alcanzar sus cotas más altas.

Estas *condiciones* son:

1) Cambio del grupo: que el grupo cambie sus actitudes como grupo, todos sus miembros individualmente, conjuntamente; que el cambio se dé en el contexto de grupo.

2) Metas «superordenadas» (*superordinate*): que el grupo como grupo esté comprometido con el otro grupo en el mismo esfuerzo, empeñados en alcanzar una meta super-ordinada compartida, es decir, en una meta que no puede ser alcanzada por medio de los esfuerzos de un solo grupo, una meta que requiere la mancomunidad de esfuerzos de los recursos y energías de dos o más grupos; y esto de tal manera que cada miembro de los distintos grupos se sienta directamente implicado en la tarea, de forma que para llegar a la meta la iden-

tividad grupal de los miembros individuales sea accidental. En la situación experimental de los grupos de Sherif, todos los chicos de los dos grupos —que por lo demás eran grupos rivales— tenían que esforzarse físicamente para lograr mover el carromato en un camino lleno de fango<sup>7</sup>. En la relación entre las iglesias estas situaciones sólo se darán a nivel local, sobre todo en el campo de acción social (o también entre oficinas llevadas conjuntamente), e incluso en este caso no siempre se comprometerán todos los miembros del grupo, sino sólo una determinada élite. Podemos pensar también en una situación de intenso trabajo, a nivel local, que concierna profundamente a todos los grupos y que, sin embargo, tiene como objeto toda la nación: por ejemplo, una sublevación popular contra un régimen odiado.

3) Ausencia de conflicto de intereses entre los grupos implicados, es decir, ausencia de conflictos de tipo socio-económico o político, o incluso competición para la salvación de las almas (no sólo imágenes falsas y hostiles que uno tiene del otro). Sólo con esta condición será posible que la íntima cooperación y la dedicación compartida a una determinada causa conduzcan a un conocerse mutuamente que haga caer las barreras de las imágenes estereotipadas hostiles. Sólo con esta condición será posible alcanzar el nivel más íntimo de fe cristiana del otro donde, con toda probabilidad, los cristianos se encontrarán todavía diferentes, pero con unas diferencias que es necesario respetar. Sin la ausencia de conflicto de intereses, dos grupos pueden salir de una acción conjunta, incluso coronada por el éxito, más divididos que antes.

4) La presencia en el grupo de valores compartidos que les hace definir una situación de la misma manera que les hace verla como un reto a su compromiso cristiano y que les permite estar de acuerdo sobre los cambios que hay que introducir y sobre la línea de acción que hay que adoptar. Los valores son compartidos como resultado de un proceso previo de convergencia cultural, de la formación de una cultura común, de la mezcla religioso-secular que caracteriza la cultura de los países tradicionalmente cristianos.

---

<sup>7</sup> M. SHERIF et al., *Intergroup Conflict and Cooperation*, The Robbers Cave Experiment. University of Oklahoma, Institute of Group Relations. Norman, Oklahoma, 1961.

Estas cuatro condiciones se dan más fácilmente a nivel local. Por tanto, no deberemos sorprendernos de encontrar la actitud de cambio máximamente representada en este nivel, incluso hasta el punto de que la separación de las iglesias no se considera ya como algo natural, sino que se percibe más bien como una reliquia del pasado. Correcta o incorrectamente, la separación organizativa es un hecho contumaz, que cuesta mucho extirpar.

### 3. *Poco poder organizativo a nivel local.*

Supongamos que un gran número de las posibles iniciativas comunes y acciones de cristianos a nivel local, en el campo de la promoción de la justicia, han alcanzado un alto grado de éxito; supongamos que quienes estén activamente comprometidos y todos los demás (sería aconsejable, si no imperativo, embarcar a todo el mundo) han abandonado todos sus prejuicios respecto a otros cristianos y han transferido su identificación a algo más grande que la iglesia a la que pertenecía originalmente.

Les gustaría, evidentemente, ver que sus «iglesias-madre», de las cuales las congregaciones locales son sub-grupos, se unieran en un sistema eclesial más amplio. Si sus iglesias-madre fueran del orden de la iglesia congregacional y el movimiento se difundiera, tal vez tomarían la iniciativa y, a través de la afluencia de uniones locales, llegarían finalmente a una iglesia. Esto es imaginable y puede ser también practicable. Sin embargo, nunca ha sucedido. Se dice que uniones de nivel local hicieron avanzar la formación de la United Church of Canada; pero hay que añadir que más que verdaderas uniones a nivel local, lo que se dio fueron fundaciones de nuevas iglesias en áreas pobladas recientemente y, además, desde el principio se hicieron con vistas a la unión a nivel nacional sobre la que ya se estaba de acuerdo, y que si se tardó un tiempo en llegar a esta unión fue por causa de complicaciones legales<sup>8</sup>. También hay que tener en cuenta el movimiento de iglesia comunitaria en los Estados Unidos, la fundación de congregaciones que deseaban permanecer sin agregación a ninguna de las denominaciones existentes, con vistas a una unión más amplia en el futuro; en cualquier caso tuvieron que jun-

<sup>8</sup> CLARIS E. SILCOX, *Church Union in Canada*, New York, Institute of Social and Religious Research, 1933, p. 226-30.

tarse, formaron una asociación indefinida que poco a poco se convirtió en una denominación más entre otras denominaciones<sup>9</sup>.

Esto es lo que sucedió a cristianos con una política congregacional y con un objetivo de amplitud nacional. ¡Cómo podría un grupo de uniones locales desembocar en una iglesia como la nuestra —episcopal— con una amplitud mundial, donde la fundación de una congregación independiente es un cisma y donde no hay estructuras democráticas!

### III. ¿QUE HEMOS DE HACER?

¿Cómo podemos promover nuestra causa de ecumenistas convencidos en una iglesia que no tiene estructuras de elección representativa y que promueve a sus órganos de decisión a través de cooptación? Sin embargo, no nos falta influencia. Pertenece a las élites de la iglesia aunque, según la mayoría de los sociólogos, sólo a los estratos más bajos.

Empecemos por las cosas que no deberíamos hacer.

1. En la promoción de la unidad cristiana deberían proscribirse los *medios peculiares de la cancha política*, las tácticas de grupos de presión, de piquetes, de boycotts de retención de fondos. Este tipo de acción no produce el consenso sobre el que las organizaciones normativas, como la Iglesia, deben basarse. Normalmente son consejos de desesperación.

2. *Continuemos las muchas cosas que ya estamos haciendo*, amplíemos incluso algunas de ellas.

La gente metida en acción social debería cuidar de que, en primer lugar, los conflictos de intereses que se dan en los campos denominacionales se suprimieran y, después, procurar promover iniciativas conjuntas (reales, no ficticias) y meter en ellas cuantos más individuos mejor. Las iniciativas comunes son el camino más eficaz para cambiar las actitudes de los grupos.

Los creadores de opinión deberían trabajar para extirpar

<sup>9</sup> LEE, *loc. cit.*, 147-54.

los prejuicios y difundir conocimientos de unos a otros; deberían hacer públicos los esfuerzos conjuntos entre las iglesias a todos los niveles; deberían procurar que el mayor número posible de gente de iglesia se sintiera implicado en estos esfuerzos y que los considerara su propia tarea con la que se sienten identificados.

Los teólogos deberían proseguir el estudio común de temas controvertidos, intentando reducir los obstáculos de unión.

En la predicación y publicaciones sigamos empujando hacia la unificación y subrayemos nuestra insatisfacción con la unidad conseguida hasta ahora. La intercomuni6n en pequeños grupos puede no ser contraindicada en algunas ocasiones. Pero en ocasiones oficiales, p6blicas y solemnes, la imposibilidad de compartir la eucaristía se puede dejar sentir para que sirva de estímulo en la búsqueda de una unidad mayor).

3. Aquellos de nosotros que puedan *influir en los 6rganos decisorios eclesiásticos*, sea en el centro o en la periferia, sea en materias importantes o en menos importantes: que cuiden de que las decisiones se tomen con espírítu ecuménico, decididamente decantadas hacia la unificación. En tiempos de «plasticidad» social, cuando muchos cambios se están produciendo continuamente y son tolerados por la mayoría, que se esfuercen en ir adelante. Hay muchas cosas que podemos hacer para labrar una cultura intereclesial común.

4. No nos cansemos, no abandonemos la esperanza. Los rasgos seculares están a nuestro favor. La cultura en que vivimos y trabajamos tiende a ser más y más compartida, es decir, que la parte de cultura que podemos tener en común con otros crece cada día, mientras que la parte de cultura peculiar a cada grupo disminuye cada vez más. Se está desarrollando un universo común de expresi6n que facilita la comprensi6n mutua, y que llega incluso a hacer comprensibles las posiciones doctrinales controvertidas. La ampliación del horizonte mental de la mayoría aumenta la tolerancia de las diferencias; los que hoy son obstáculos insuperables pueden dejar de serlo en un futuro no lejano.

Y mirad a vuestro alrededor. ¡Cuántas cosas han cambiado en los últimos quince años! No olvidéis la generaci6n de ecumenistas que nos ha precedido: ha trabajado por estos cam-

bios sin llegar a ver los frutos de su trabajo. Hemos sido testigos de un tiempo en que el Espíritu Santo ha alentado sobre nuestro mundo. Incluso aquellos de nosotros que viven con la impresión de que este período de nuestra historia se ha acabado, no dudan de que el Espíritu puede alentar de nuevo. Al fin y al cabo es su iglesia. Ha permitido y todavía permite las divisiones entre cristianos. En cuanto a nosotros, nuestra responsabilidad se cifra en ser instrumentos dóciles en sus manos; y no deberíamos intentar forzar su ritmo.

JOSEF MACHA, S.J.

Pontificia Università Gregoriana  
Roma

#### BIBLIOGRAFIA SELECTA

- JOSEF MACHA, *Ecclesiastical Unification*, Roma, Pontificium Institutum Orientalium Studiorum, 1974.
- AMITAI ETZIONI, *A Comparative Analysis of Complex Organization*, New York, The Free Press, 1975.
- MUZAFER SHERIF, *In Common Predicament*, Boston, Houghton & Mifflin, 1967.
- H. RICHARD NIEBUHR, *The Social Sources of Denominationalism*, Cleveland, The World Publishing Co., 1957.
- ROBERT LEE, *The Social Sources of Church Unity*, New York, Abingdon Press, 1960.
- NILS EHRENSTROM and G. MULDER (eds.), *Institutionalism and Church Unity*, New York, Association Press, 1963.